

LAS PRISIONES DE JOSE REVUELTAS

por Angel Rama

La cárcel de Lecumberri a la que, a raíz de los sucesos de Tlatelolco, ingresó José Revueltas en 1968 y de la que salió el año pasado, no fue sin duda novedad para un hombre que a los quince años resultaba condenado por actividades revolucionarias y que tiene en su haber feroces prisiones. De pocos escritores hispanoamericanos se pueden contar cárceles como las suyas, decisivas en su formación ideológica e incitadoras de una creación literaria que ha ejercitado las más altas violencias verbales. Toda América Latina rebosa de literatura carcelaria, pues sus escritores no han sido dispensados de las sevicias que reparten frecuentemente sus gobiernos, pero en el caso paradigmático de José Revueltas se podría decir que la prisión, la tortura y el horror de la vida carcelaria han marcado un estilo literario, desde la novela inicial que escribiera en 1940, Los muros de agua, hasta su última producción escrita en Lecumberri, el atroz relato breve titulado El apando, estableciendo las condiciones de una escritura dramática, revuelta, explosiva y brutal.

Es con Revueltas -anticipándose a la boga sartreana- que se incorpora a las letras hispanoamericanas el existencialismo narrativo, en un nuevo fraseo artístico del que también es maestro, para la zona sur, Juan Carlos Onetti. Pero resulta aleccionador cotejar las soluciones que uno y otro de ambos existencialistas ofrecen al comenzar los años cuarenta, porque delatan las muy distintas circunstancias en que se mueven. La novela de Onetti, Para esta noche, cuenta -en 1943- las oníricas persecuciones que sufren los integrantes de un partido revolucionario derrotado, en una ciudad hispanoamericana que se convierten en el recinto de una cacería nocturna. Pero donde el novelista uruguayo debe torturar su imaginación para compartir, vicariamente, a través de diseños literarios, las vicisitudes de los revolucionarios perseguidos, el mexicano ofrece en Los muros de agua un incesante despliegue de connotaciones reales nacidas de sus dos encarcelamientos en las islas Marias, en 1932 y 1934, a partir de las cuales construye esa primera imagen del infierno latinoamericano que no ha hecho sino perfeccionar en sus posteriores novelas y que en este relato último ha llevado a su máxima concentración. Sin embargo Revueltas nunca creyó que el trato directo con la más impactante

realidad proporcionara garantías a la creación literaria; de los recelos que por el contrario le inspiró, nació una reflexión que lo ha guiado, conveniente de recordar en este periodo donde la literatura parece a punto de ser absorbida y aventada por el testimonio documental; "La realidad literariamente tomada no siempre es verosímil, o peor, casi nunca es verosímil. Nos burla, nos "hace desatinar", hace que perdamos el tino, porque no se ajusta a las reglas; el escritor es quien debe ponerlas". Estas palabras pertenecen a los prólogos de sus Obras Completas, aparecidas en México poco antes de los sucesos que lo condujeron a Lecumberri. Allí vuelve a referirse a esa otra batalla por él emprendida en forma paralela a la revolucionaria en que ha estado durante cuarenta años; la de la libertad en la creación artística.

Por ser el adelantado de la renovación narrativa en Hispanoamérica -antes de Rulfo, de Cortázar, de Fuentes, de García Márquez, e incluso antes de Carpentier y de Asturias- por trabajar al mismo tiempo desde una trinchera social comunista, José Revueltas padeció intensamente, mucho más que los restantes narradores, de la época beligerante de las fórmulas estéticas del realismo socialista, cuando se trató de imponerlas al mundo con un estilo calumniador que ejemplifica una frase de Fadaiev que Revueltas recuerda: "Si las hienas escribieran a máquina, escribirían como Jean Paul Sartre".

Si la recuerda tan bien es porque la padeció. A consecuencia de una violenta campaña de los críticos de la izquierda oficial de entonces, Revueltas decidió retirar del mercado su tercera novela, Los días terrenales, equiparada por los jueces del realismo social a la narrativa sartreana, "como hermanas siamesas que serían ambas en la abyección y en el rebajamiento humano". De allí nace una larga meditación sobre las relaciones del arte y el socialismo, manifestada en varios textos críticos, algunos de los cuales han quedado como escondidos en un libro suyo bajo el insólito título de El conocimiento cinematográfico y sus problemas. Es allí donde llegó a las formulaciones definitivas; "La necesidad del realismo socialista es el ocultamiento y la deformación de las contradicciones que existen en el ser humano y en el socialismo, de lo cual deriva su postulado básico; la no existencia de un contenido estético objetivo en el mundo exterior al pensamiento. Para el realismo socialista lo estético carece de una realidad propia e independiente y no es otra cosa que una actitud subjetiva que está o debe estar, subordinada a las necesidades inmediatas. Oponemos pues, al realismo socialista antidualtívico, conservador y reaccionario, el realismo dialéctico como método e instrumento

de la apropiación auténtica de la realidad por el arte".

Ese tono encendido no ha cedido con los años. Todavía en 1967 proclama al frente de la recopilación de sus novelas; "El arte y la literatura deben ser libres dentro de las relaciones concretas de la sociedad, precisamente para poder negar estas relaciones sin tener que pedir el visto bueno de las autoridades. Si yo leo a Poe en libertad, debe dársele esa misma libertad a Poe para que siga escribiendo desde el fondo de todas las tabernas capitalistas o socialistas del mundo, e impedirle que muera tirado en alguna sórdida callejuela de Pekín o Baltimore, de Moscú o de Tirana".

Lo importante de esta resistencia a las cartillas programáticas del oficialismo de izquierda se puede medir, ventajosamente, en la lectura de sus obras. También aquí rige aquello de que el árbol se conocerá por sus frutos. En tanto los acólitos del arte oficial, los que apedrearon a Revueltas ayer y hoy, han resultado arrasados por el olvido y ~~xx~~ de sus libritos esquemáticos -obedientes a las órdenes del poder político- nada ha quedado, él, a sus cincuenta años, conserva una sensibilidad viva y comunicante, un tacto áspero y convincente con la realidad, una capacidad muchas veces estremecedora para desentrañar sin miedo a la moral ni a los estereotipos estéticos, lo más profundo y verdadero de los hombres mexicanos.

En varios apuntes se ha referido a esa convivencia espiritual del mexicano con la muerte, el horror y la deformidad; pero más persuasivos y abarcadores que sus análisis intelectuales, son sus cuentos, de los cuales El apando es coronación. En la restricta historia de la madre y su hijo encerrado en la prisión, de los gampones drogadictos y sus mujeres, de los "monos" que dirigen el recinto cerrado de la cruzja, está propuesta una parábola sobrecogedora sobre el mundo mexicano en un decisivo giro de su historia.

perciben que la creatividad que esconde es producto de esfuerzos humanos concretos que han manejado toda la libertad de que pudieron disponer, desobedeciendo frecuentemente los dictámenes de la Real Academia Española, que funcionaba como el temible dios extranjero, de más allá del mar, al que se debía respetar, estrictamente "al pie de la letra".

Esto es también lo que ha ocurrido en el campo de las ideas, del arte y de las mil formas culturales, siendo hoy una obligación para nosotros el distinguir entre las aportaciones del pasado que se nos muestran cristalizadas en documentos y aquellas que viven sumidas en la realidad misma de la cultura y que la modelan jubilosamente. Más importante que el mismo ideario de Simon Bolívar es lo que ese ideario produjo en el cuerpo de la realidad determinándonos incesantemente, es lo que respiramos con naturalidad y casi no percibimos reflexivamente. Más importante que la poesía y prosa de Martí es lo que ellas cavaron en las formas expresivas de América Hispana, transfundiéndose en sus sucesores, abriendo nuevas perspectivas y proporcionando el apoyo para alcanzar nuevas etapas; estas podrán ignorar de qué fuente remota parten porque ya navegan felizmente por el río caudaloso de lo real.

Las aportaciones libertadoras de la cultura latinoamericana no se guardan exclusivamente en bibliotecas; viven en lo real y se las percibe en la piel misma del hombre latinoamericano, en su lenguaje de relación con el mundo, en sus modos de la acción. Ellas demuestran que ese hombre vive porque vive una cultura auténtica, creada a través de todas las dificultades y oposiciones, de todos los embates enemigos, decidida a vencerlos y ser soberana.